

Felicidad, competencia y competitividad

Alberto Ribera

Profesor ordinario IESE

Escribir sobre felicidad se ha puesto de moda, y no sólo entre los autores de manuales de autoayuda, sino también entre profesores con rigurosas credenciales académicas. Más aún, de un tiempo a esta parte no es raro encontrar libros y artículos en torno a la felicidad escritos por economistas que manejan sofisticadas herramientas estadísticas y complicados modelos matemáticos.

Estos investigadores han "descubierto" que el dinero no da la felicidad. A esa conclusión llegó Richard Layard en el libro titulado "Happiness", que publicó en 2005 tras varios años de encuestas en distintos países. En efecto, este profesor de la London School of Economics muestra que, más que la riqueza en términos absolutos, existe otra variable que incide mayormente en la percepción subjetiva de felicidad: la comparación social, tener más que el vecino o colega, ser más rico que los demás y que esto se vea y se sepa. Es decir, ocupar el primer lugar en la clasificación.

A la vez, oímos con frecuencia que tenemos que ser más competitivos, asegurar el triunfo en la carrera por la conquista del mercado: llegar el primero, ser el primero. Una reciente conferencia para ejecutivos a cargo de un prestigioso autor se presentaba con el título "Maximizar la competitividad". Tengo dudas de que maximizando la

competitividad se obtengan unas excelentes cuentas de resultados que puedan mantenerse en el tiempo. Pero estoy seguro de que ser competitivo al máximo no es el mejor consejo para llevar una vida feliz.

En su interesantísimo libro "Authentic Happiness", el profesor de psicología de la universidad de Pensilvania, Martin E. Seligman explica muy bien cómo la tendencia a maximizar y optimizar los resultados que obtenemos o las capacidades que desarrollamos se convierte en un obstáculo para la felicidad. Los psiquiatras, psicólogos y sociólogos que trabajan con Seligman en la escuela de Psicología positiva -que nada tiene que ver con el "pensamiento positivo" de las corrientes basadas en el culto a la autoestima- ponen el acento en la adecuada planificación de expectativas, procurando que sean retadoras y realistas a la vez, en una combinación que se apoya en el conocimiento propio como fundamento imprescindible.

Se puede ser mejor -compitiendo con uno mismo-, pero no se puede ser máximo ni óptimo, y mucho menos en todo. Ni falta que hace: lo mejor es enemigo de lo bueno; y lo suficiente o lo que basta es muchas veces lo bueno y satisfactorio. Pretender más -porque uno, dirigido por una imaginación ingenua o egocéntrica, cree que puede más o que merece más- lleva fácil-

Se puede ser mejor -compitiendo con uno mismo-, pero no se puede ser máximo ni óptimo, y mucho menos en todo. Ni falta que hace: lo mejor es enemigo de lo bueno; y lo suficiente o lo que basta es muchas veces lo bueno y satisfactorio.



De dónde venimos. Quiénes somos. A dónde vamos. Henri Paul Gauguin. Museo de Bellas Artes de Boston. Massachussets. USA

mente a la frustración. Coincide esta tesis con lo que algunos economistas han "demostrado" empíricamente: el énfasis en ser competitivo no aumenta la felicidad subjetiva sino que puede disminuirla. Algo falla, pues, en un sistema que estimula la competitividad pero genera insatisfacción.

Competitividad y competencia

En sentido corriente, al hablar de competitividad, nos referimos al deseo de ser el que más y mejor compite, es decir, el que posee las características y habilidades para ganar en la competición, o -valga la redundancia- triunfar sobre los competidores (clásicamente denominados "la competencia"). Estando así las cosas, me atrevo a llamar en causa a la competencia. Es decir, ¿qué es competencia: el que compite o el que es competente?

Más allá de bizantinismos o de debates semánticos, me parece que la cuestión es sumamente relevante. La confusión entre los dos posibles significados que aparecen recogidos en el diccionario de la Real Academia -en un sentido, rivalidad o contienda; en otro sentido, pericia o idoneidad- puede estar en el origen del problema. Me refiero al problema que el psiquiatra sevillano afincado en Nueva York, Luis Rojas Marcos, describió en frase sintética: "Vivimos mejor, pero nos sentimos peor".

Parece, pues, que la idea de éxito predominante en nuestros días conlleva la noción de competencia entendida como competición, para la que se requiere ser competitivo o máximamente competitivo. Sin embargo, la acepción de competencia como idoneidad supone preparación para el ejercicio de una determinada tarea u oficio. Además, incluye el requisito de incumbencia, es decir, estar llamado o autorizado a practicar esa específica actividad (que a uno le incumbe).

Por desgracia, muchos males derivan de la incompetencia, entendida en este sentido de acción realizada por alguien a quien no compete esa actividad. Por tanto, parece más que legítimo preguntarse quién es competente para teorizar y dar lecciones sobre felicidad. ¿A quién corresponde estudiar y enseñar sobre la felicidad? ¿Quién está preparado para hablar o escribir autoritativamente sobre ese tema?

Como en tantas cuestiones complejas y de difícil respuesta, tal vez haya que proceder por eliminación. O sea, si uno no se atreve a indicar quién es competente en materia, puede al menos tratar de declarar quién no lo es. Y en este punto, confieso mi prejuicio: me resisto a aceptar una presentación de la felicidad expresada en cifras, ya sean euros o dólares o antiguas pesetas rubias. No me refiero solamente a

indicadores económicos, sino a cualquier tipo de dato cuantitativo, también los que expertos en salud pública puedan dar sobre el incremento de los casos de depresión y otras patologías de la afectividad, o las alarmantes cifras de suicidio -más elevadas que las muertes por accidente de tráfico en casi todos los países, también en España-, o el aumento exponencial del consumo de drogas, alcohol y otros sucedáneos de felicidad.

El tratamiento estadístico de la felicidad no me resulta convincente. No existe la felicidad, sino personas felices. Nada más absurdo, por intrínsecamente contradictorio, que una visión individualista de la felicidad: nadie puede ser feliz aislado de los demás, encerrado en sí mismo, sin dar y recibir, sin amar y ser amado. Sin embargo, no creo que exista una felicidad colectiva, ni que, en rigor, pueda hablarse de sociedades felices o desgraciadas.

Estudiosos de la felicidad

Tradicionalmente, la felicidad -y la infelicidad, en sus variadas formas: desesperación, sinsentido, absurdo, alienación, ...- ha sido un tema que los filósofos han considerado competencia propia, a veces en competencia -en el otro sentido: rivalidad- con los teólogos. Algunos filósofos han ido más lejos, con pretensiones de monopolio

exclusivo. Sirva de ejemplo lo que Luc Ferry -profesor de filosofía en La Sorbona, que fue entre 2002 y 2004 ministro de educación y cultura- declaraba recientemente a un periódico español: "La filosofía sirve para llevar una vida buena, feliz. Para ello, hay que superar los miedos que nos atenazan, especialmente el miedo a la muerte. La filosofía nos sirve para aprender a vivir sin la protección de la religión".

De la felicidad tratan también los psicólogos y psiquiatras y, con ellos, farmacólogos, bioquímicos, biólogos y demás profesionales de la salud y, por extensión, todo ese campo que se engloba en la denominación "wellness" y que constituye uno de los sectores en mayor crecimiento de cifra de negocio. A mi modo de ver, el problema surge cuando se confunde felicidad y bienestar, felicidad y salud física o psíquica, felicidad y placer, tomando la parte por el todo. Además, tampoco faltan quienes reducen la felicidad a niveles de neurotransmisores y funcionamiento del sistema límbico o de otras estructuras cerebrales, todo ello determinado en el patrimonio genético.

Los sociólogos, economistas y, como hemos visto, otros teóricos del comportamiento económico y organizativo han irrumpido últimamente en ese campo con fuerza y con -mayores o menores, según los casos- pretensiones de dominio. Se puede aquí recordar la propuesta de Hayek, en la ocasión solemne de su discurso de recepción del Premio Nobel de Economía: "Me siento inclinado a sugerir que nos sea exigido, a los galardonados con este premio, una promesa de honestidad, una especie de juramento hipocrático por el que nos comprometamos a no sobrepasar nunca en nuestros pronunciamientos públicos los límites de la propia competencia".

Tampoco faltan políticos que pretenden ser depositarios del secreto de la felicidad, que podrán repartir a manos llenas si alcanzan y mantienen el poder. Sobran comentarios sobre su competencia o incompetencia. Paso a otros grupos, tan antiguos como los políticos, sino más. El primero, tam-



Satisfacción. Österreichisches Museum für Angewandte Kunst. Viena. Austria

bién muy relacionado con el poder, sería el de los periodistas y medios de comunicación en general. Son los nuevos oráculos y sibilas, que desde las pantallas de cine y televisión o desde agencias digitales de noticias nos proponen -más o menos deliberadamente, más o menos frívolamente- sus modelos de felicidad.

No es posible omitir una mención a los astrólogos y estudiosos de disciplinas esotéricas, dispensadores de augurios de fortuna y presagios de felicidad. Tal vez sea difícil encontrar otras etapas históricas en las que estas figuras hayan gozado de mayor predicamento que el que tienen en nuestros días. Los horóscopos, tarot, peregrinaciones a Teotihuacán o a otros santuarios de lugares exóticos representan un botón de muestra de la situación. Por no hablar de los seminarios y cursos para eje-

El que vive pendiente del retorno que merecen sus inversiones -en dinero, tiempo, esfuerzo, incluso cariño-, ése nunca podrá ser feliz. Por eso la felicidad no se encuentra, si se busca directamente.

cutivos que ofrecen una combinación de psicología, yoga u otros ejercicios orientales, medicina, deporte, filosofía, etc., bajo la valiosa -el coste no baja de cinco dígitos, en dólares o en euros- dirección de gurús como Deepak Chopra u otros sabios que ayudarán a descubrir el secreto, que cada uno lleva escondido dentro de sí mismo, para una vida feliz.

Quedan, en fin, los poetas, desde los místicos más elevados a los trovadores populares, también los del siglo XXI, como el autor de la copla andaluza que escuché en Sevilla durante mi reciente estancia allí con ocasión de un curso en el Instituto San Telmo: "cada 'agradesimiento' es una ganancia de vida, cada 'quejío' es una pérdida de vida". ¿Hay mejor receta de felicidad?

Isis e Ibis

Para terminar, permitan los lectores una referencia a algo que aprendí hace unos pocos meses en el Museo Egipcio de El Cairo. Entre los tesoros que allí se conservan, pueden admirarse unos papiros ilustrados con unas bellísimas representaciones de las divinidades egipcias. Entre otras, Isis e Ibis.

Isis era la diosa madre de Egipto, la divinidad de la fertilidad, del amor y de la felicidad. Se representaba como una mujer sentada en el trono con un disco solar a la cabeza, por ser hija de Ra, el dios Sol. A veces se figuraba con alas de milano abriendo sus brazos para proteger a sus hijos, pues como madre era la diosa de la fecundidad y de la fidelidad. Era también considerada la diosa de la suerte y la ventura. Vale la pena notar los nexos que esos hombres y mujeres establecieron: felicidad y amor, felicidad y fidelidad, felicidad y fecundidad.

La conexión entre felicidad y suerte quizás procedía del convencimiento que la felicidad tiene mucho de regalo. Tiene parte de tarea, resultado del propio esfuerzo, pero mucho de trascendente, superior a las propias facultades. El que vive pendiente del retorno que merecen sus inversiones

-en dinero, tiempo, esfuerzo, incluso cariño-, ése nunca podrá ser feliz. Por eso la felicidad no se encuentra, si se busca directamente. Ya lo escribió John Stuart Mill, desde su visión utilitarista: "Nunca he dudado que la finalidad de la vida es ser feliz. Pero ahora pienso que ese objetivo sólo puede lograrse si no se busca directamente. Sólo son felices las personas que ocupan su mente en algo distinto de su felicidad, las que piensan en la felicidad de otros o en mejorar la humanidad o en ciertas artes o empleos que no se conciben como medios para la felicidad. Apuntando a objetivos distintos, encuentran la felicidad en el camino."

Ibis, el pájaro del Nilo, que se creía anunciaba las inundaciones, era una divinidad menor, y ni siquiera reconocida como tal en todas las etapas políticas y culturales que se sucedieron. Pero parece que al menos en algún período encarnaba al dios de la risa, sobre todo en su sentido de diversión y lo que hoy diríamos "pasarla bien". Si esa referencia mitológica es correcta, los habitantes del Antiguo Egipto distinguían entre diversión (Ibis) y felicidad (Isis). Cabría comentar aquí que el ocio, la celebración y la fiesta son elementos necesarios de la felicidad, como bien han explicado Leonardo Polo y Josef Pieper, entre otros muchos filósofos (aunque también estos mismos autores distinguen entre diversión y fiesta). Por eso no es posible desvincular risa y felicidad, pues sin capacidad de reírse no se puede ser dichoso, sobre todo, sin un hábito enraizado de reírse de uno mismo y de no tomar demasiado en serio los propios éxitos y fracasos.

Además, en esa misma visita al Museo Egipcio aprendí que con cabeza de ibis se representaba a Thot, uno de los dioses más importantes y poderosos. Era el dios del calendario y medidor del tiempo. Era la divinidad de las cuentas, los cálculos y las matemáticas. Nada tenía que ver con la felicidad. Parece que también los egipcios, hace cinco mil años, desconfiaban del tratamiento estadístico de la felicidad.

El énfasis en ser competitivo no aumenta la felicidad subjetiva sino que puede disminuirla. Algo falla, pues, en un sistema que estimula la competitividad pero genera insatisfacción.